

NARRATIVA DE CORDELIA

Fiesta Para una Mujer Sola



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2026

Basada en la edición publicada por Planeta en 1964

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es



@reinodcordelia.es



facebook.com/reinodcordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Prólogo: © José María Goicoechea, 2026

Ilustración de sobrecubierta: © Javier de Juan, 2026

IBIC: FA | Thema: FA

ISBN: 979-13-87599-40-9

Depósito legal: M-4481-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Fiesta Para una Mujer Sola

Ángel Vázquez

Prólogo de José María Goicoechea



Índice

| | |
|---|-----------|
| <i>Prólogo a esta edición</i> | 9 |
| FIESTA PARA UNA MUJER SOLA | 23 |
| Prólogo | 29 |
| Primera parte | 39 |
| Segunda parte | 145 |
| Epílogo | 277 |
| <i>Texto completo del lector 25 de la Censura</i> | 293 |



Manuel Fraga, por entonces ministro de Información y Turismo, entrega a Ángel Vázquez el importe del Premio Planeta de 1962 en presencia del editor José Manuel Lara (derecha).

Prólogo

EN LOS ESTUDIOS de Televisión Española en Barcelona —son imágenes del No-Do¹—, el entonces ministro de Información y Turismo Manuel Fraga entrega el dinero del Premio Planeta a Ángel Vázquez, ante la mirada del dueño y señor de la editorial, José Manuel Lara, premio que el novelista tangerino había ganado con *Se enciende y se apaga una luz*. Estas imágenes las comenta el escritor Juan Bonilla en el artículo «Un desconocido Ángel Vázquez»², exagerando un poco la escena: «... con el ministro Fraga entregándole el fajo de billetes y el escritor como no dando crédito a aquello y tratando de devolver el dinero ante el estupefacto ministro que tiene que insistirle al escritor que el dinero es para él». En ese mismo texto, dice: «Después de una segunda novela que pasó bastante desapercibida, *Fiesta para una mujer sola*, al hombre», habla, claro, de Vázquez, «no se le ocurrió mejor cosa que escribir una ina-

¹ Acrónimo de Noticiarios y Documentales, se emitía en los cines antes de las películas (1943-1981), con un marcado acento propagandístico del régimen franquista.

² www.jotdown.es (15/10/2024)

pelable obra maestra», aquí se refiere a *La vida perra de Juanita Narboni*. Y así, emparedada entre un premio Planeta y una obra maestra, queda esa segunda novela.



El editor José Manuel Lara (derecha) debate con el jurado que concedió en 1962 el Premio Planeta a *Se enciende y se apaga una luz*, de Ángel Vázquez.

La editorial quería aprovechar los ecos del premio y presionó a Vázquez para que entregara otra novela, y él andaba regular de dinero; lo del Planeta se le había ido en saldar deudas. En su estudio sobre el autor, la investigadora Nathalie Sagnes Alem va más allá: «En la carta que dirige a Carlos Sanz de Soto³ fechada en enero de 1964 —escribe—, es decir antes de que estuviera publicada su segunda novela, nos enteramos de que se ha comprometido a escribir una tercera con la condición de recibir un adelanto sobre los futuros derechos de autor», y cita el mensaje: «Ayer envié una carta

³ Modelo de los tangerinos de aquella ciudad internacional que dejó de serlo, los hermanos Emilio (1924-2007) y Carlos (1932-2016) Sanz de Soto-Lyons fueron los grandes amigos de Ángel Vázquez.

reclamando el anticipo, incluso diciéndoles que estoy dispuesto a aceptarlo sobre una tercera novela»⁴. Y también se queja Vázquez: «Agosto fue un mes terrible. Acosado por los acreedores de todos los tipos y tamaños, conocimos —e incluye a mi madre en la gesta— días sin vino y sin rosas».

«La correspondencia —escribe Sonia García Soubriet en su prólogo a la edición de 2009 de esta novela— que el autor intercambió desde 1962 con su amigo Emilio Sanz de Soto deja traslucir las dolorosas y difíciles circunstancias del escritor durante [sus] últimos años en Tánger, ciudad que abandonaría definitivamente en 1965. En sus cartas cuenta con crudeza su precaria situación económica y familiar, a la que une su cada vez más incómodo estatus de ciudadano de segunda en la nueva sociedad tangerina y que él describe como una experiencia pura y sencillamente “benaventiana”»⁵.

Según Sagnes Alem, Vázquez compuso el libro «con la mayor precipitación y sin verdadero entusiasmo. Como en su novela anterior, e incluso en la siguiente, escribió con un buen refuerzo de alcohol y gracias al apoyo infatigable de sus amigos más cercanos que le animaron a terminar lo que había empezado. En *Fiesta para una mujer sola* Eduardo y Pilar Haro Tecglen le ayudaron con sus consejos y corrigieron las últimas pruebas. En agradecimiento, la dedicatoria de la novela es para ellos».

Fiesta para una mujer sola no funcionó. Pasó, efectivamente, «desapercibida», como afirma Bonilla. No contó con

⁴ Nathalie Sagnes Alem (1999): *Ángel Vázquez romancier (1929-1980)*. Presses universitaires de la Méditerranée, Montpellier. <https://doi.org/10.4000/books.pulm.646>

⁵ Sonia García Soubriet (2009): «La novela “maldita” de Ángel Vázquez», prólogo de la edición de Rey Lear, Madrid, de *Fiesta para una mujer sola*.

el apoyo de la crítica, como aseguran Sagnes Alem y García Soubriet, quienes también sostienen que la censura dificultó su distribución. Hay una carta a uno de los Sanz de Soto en la que el propio Ángel Vázquez explica esto:

«Mi novela no había podido venderse durante la Feria del Libro [de Madrid], porque según [José Manuel] Lara se hallaba retenida por la censura»⁶.

Vamos, entonces, con la peripecia burocrática.

En la Sección de Orientación Bibliográfica, de la Dirección General de Información del Ministerio de Información y Turismo, se presenta, el 10 de marzo de 1964, la «instancia de solicitud de autorización para imprimir la obra *Fiesta para una mujer sola* de la que es autor Vázquez Ángel editada por Planeta con un volumen de 127 páginas⁷ y una tirada de 2.000 ejemplares». Es el expediente número 1620-64, que cuenta con las firmas de los jefes de Negociado de Registro y de Negociado de Circulación y Ficheros. Más abajo, con fecha del 12 de marzo, el jefe de Sección de Lectorado confirma el «Pase al lector don 25 [sic]» de la obra.

En la siguiente página del expediente está el informe. A la pregunta «¿Ataca la moral?», el lector 25 responde: «Sí», y especifica que se trata de las páginas 52, 95 y 96 del texto mecanoscrito entregado por la editorial y que está en la carpeta que se conserva en el Archivo General de la Administración, en Alcalá de Henares⁸.

⁶ Citada por Sagnes Alem (1999).

⁷ La edición definitiva tendrá 301 páginas.

⁸ Las otras preguntas que figuran en esta plantilla del informe de censura cuestionan posibles ataques «al dogma», «a la Iglesia o sus ministros», «al Régimen y a sus



El escritor Ángel Vázquez.

Y llegamos a la recensión del lector 25, un texto que merecería figurar en la contraportada de una edición de la novela, que dice mucho —no todo— de la trama, emitiendo un juicio con cada adjetivo, con cada sustantivo —hueros, anchas tragaderas...—, y que despierta el interés por conocer la identidad de este censor:

instituciones», «a las personas que colaboran o han colaborado con el Régimen»; en el caso de nuestra novela, no hay más anotaciones que la señalada arriba.

«Novela realista de costumbres modernistas, ambientada en los medios opulentos del Tánger cosmopolita. Allá va, transplantado [sic] desde su modesto hogar madrileño, el protagonista de la fábula, Damián Arriaga, un joven educado honesta, cristianamente, por sus tías Florencia y Tránsito y que se siente deslumbrado y pierde los estribos de la moral tan pronto como su amigo el equívoco Javier Mauri le introduce en aquel mundo perfumado de acaudalados hueros, atildados diplomáticos y aburridos snobs, donde se destaca el realce de la protagonista, Paula Carosio, la otoñal y bella esposa del millonario Derrik, comprensivo cornudo de anchas tragaderas»⁹.

Añade: «Por su crudeza realista, de toda esta novela solo se tacha una escena, la arriba anotada». En realidad, ha anotado dos escenas en las páginas 52 y 95-96. Y concluye: «Todo lo demás AUTORIZABLE». Y firma, con fecha de 2 de abril.

En el margen izquierdo, escrito a mano, se puede leer: «En novela de este tipo, precio 200 pts, no proceden las tachaduras señaladas». Es curioso que el precio pueda tener alguna relación con la censura...

Así, con fecha de 6 de abril, el jefe de Servicio firma la siguiente resolución: «Vistos el informe de la Sección de Lectorado, las disposiciones vigentes y las normas comunicadas por la Superioridad, este Servicio estima que la obra a que se refiere este expediente puede ser autorizada».

Hasta aquí, todo parece marchar bien, pero otro documento del expediente cambia las cosas; en él se lee:

⁹ Para no adelantar el desenlace de la novela, no citamos aquí la última frase del informe, que se puede leer en una nota al final del libro.

«Con esta fecha [15 de junio] queda hecho el depósito de los ejemplares que se determinan, cuya remisión se hace según órdenes de la Superioridad, e igualmente se procede a la oportuna anotación de esta diligencia en los ficheros», con la rúbrica del jefe del Negociado de Circulación y Ficheros.

¿Hasta junio no hubo ejemplares de la novela a esta Sección de Orientación Bibliográfica? ¿Qué implica eso? ¿Que no estuvieron antes en la calle? Si es así, es evidente que no pudieron llegar a la Feria del Libro de Madrid que, en aquella edición de 1964, la vigésimo tercera de su historia, se celebró entre el 28 de mayo y el 8 de junio.

En esos 17 días, hubo 129 firmas de autores y se facturaron más de 15 millones de pesetas (90 000 euros). Fue la primera ocasión en la que se instaló una caseta de Radio Nacional de España desde donde se emitieron diversas informaciones sobre la feria¹⁰. Y todo ello, sin que *Fiesta para una mujer sola* estuviera disponible en ninguna de las casetas, como decía Vázquez que le había asegurado Lara. El 20 de junio, en una sección llamada «Libros recibidos» del diario *ABC*, aparece *Fiesta para una mujer sola*; no podía haber llegado mucho antes. La queja de Ángel Vázquez en la carta a su amigo parece confirmarse. ¿Por qué se retuvo un libro que recibió la autorización de la censura? ¿Quién lo decidió?

No obstante, un par de meses antes, el 22 de abril, la editorial Planeta había publicado, con motivo de la fiesta de Sant Jordi del día siguiente, un anuncio en el diario *La Vanguardia* de seis libros de su sello, entre ellos *Fiesta para una mujer sola*, con el siguiente texto: «De espaldas a

¹⁰Fernando Cendán Pazos (1987): *Historia de la Feria del Libro de Madrid (1933-1986)*. Madrid.

la realidad, aferrados a sus preocupaciones sexuales, los personajes de esta novela, nostálgicos y decadentes, viviendo sus últimos placeres y disfrutando de sus últimos privilegios, son los supervivientes de cierto colonialismo europeo al que nuestro novelista analiza con espíritu crítico y humana comprensión. Un nuevo libro del ganador del Premio Planeta en 1962». Está claro que la editorial confiaba en la novela.

En cuanto a la crítica, cuya mala o fría acogida también se menciona cuando se habla de esta obra, debió de ser, sobre todo, muy escasa, pareja a la circulación del libro. Se publicó una elogiosa, en *La Vanguardia*, el 24 de junio de 1964 —ojo a la fecha, posterior a la llegada de ejemplares a las oficinas de la censura...—. La firmaba Juan Ramón Masoliver^{II}, con el título «Bajo la piel cosmopolita» y con el antetítulo «De una juventud que aprieta». Es una crítica de dos novelas recién aparecidas, esta *Fiesta para una mujer sola* y *Balada de Juan Campos*, de Gonzalo Torrente Malvido, segundas obras en ambos casos. Habla del riesgo de repetir receta cuando existe un primer libro de éxito, pero aquí «no ha habido tal».

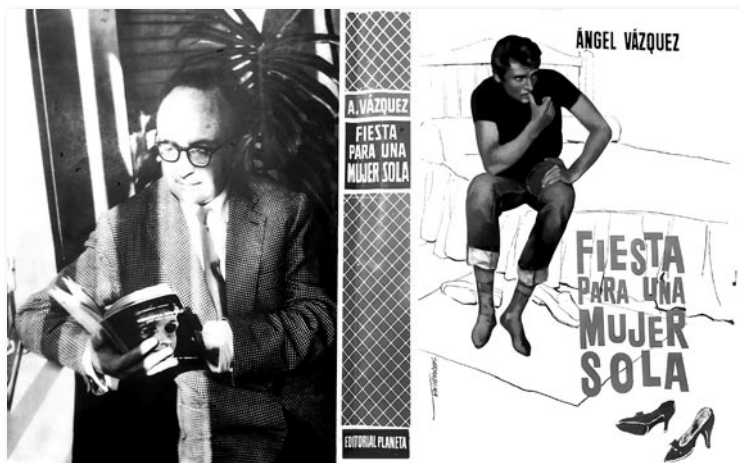
Reseña así Masoliver: «Ángel Vázquez, si persiste en ese mundo cosmopolita, un tanto desbocado y un mucho montado en el aire que es el de la ciudad de su cuna y profesión, seguros estad que huye tanto del fácil color local y las historias de contrabando y espionaje —las de tantos autores de gran público—, como del no menos rediticio poner a contribución candentes problemas étnicos, políticos, desigualdad social, subdesarrollo y demás hierbas, hoy seguro

^{II} Juan Ramón Masoliver (Zaragoza, 1910-Barcelona, 1997), periodista, traductor, crítico y ensayista, muy vinculado al diario *La Vanguardia* y al semanario *Destino*.

modo de cautivarse determinada *intelligentsia*. [...] Nuestro autor ha suscitado todo un complejo y matizado mundo, contradictorio, encantador y repulsivo a un tiempo, y en incurable trance de desaparición. Y ello, sin casi descripciones —menos aún disquisiciones y tesis—, y sí por méritos de la veracidad y renuncios de una serie de personajes de las más varias raza y condición y peripecias. La dramática, y seductora, crónica de un final de época y de singularidad, cual serían las de los barones sicilianos en Lampedusa, la del bíblico arabismo del Lawrence de los *Siete pilares*. Mejor aún, la Alejandría *faisandée* tanto como reinventada por Durrell. Que a esta —más que a la Mansfield o el Julien Green aducidos por algún crítico¹²— asemeja el Tánger de *Fiesta*; y, si harto menos barroco y discursivo, el procedimiento —ya que no la sensibilidad— de nuestro autor. En cuyo abono conviene apuntar un estilo seco, eficaz, de rápidas notaciones (pronto olvidados los pinitos *objetivistas* de las páginas iniciales), y el medido recurso al diálogo, relampagueante por lo demás, en medidas que no son las acostumbradas por estos pagos. Trayendo, por tanto, nuevos y refrescantes aires».

Fiesta para una mujer sola, como las otras dos novelas de Ángel Vázquez, transcurre en Tánger, describe la vida de los habitantes, no de todos, de ese Tánger primero internacional —en *Se enciende y se apaga una luz* y en *La vida perra de Juanita Narboni*— y luego simple ciudad de un Marruecos ya independiente —en esta novela—, pero

¹² Emilio Sanz de Soto, en el artículo «Ángel Vázquez, un escritor fuera de nómina» (*El País*, 12/3/1980) asegura que en las dos primeras novelas de Vázquez «se dejaba sentir su pasión por cierta literatura inglesa vinculada al mundo de Bloomsbury».



Cubiertas de la primera edición de *Fiesta para una mujer sola*.

siempre cosmopolita, siempre colonial, muy de espaldas a la población autóctona —por racismo y por clasismo¹³—, siempre en contraposición a España, siempre un poco triste aunque con apariencia frívola y despreocupada, siempre con varios idiomas circulando alrededor o atravesando el español del autor. «Frente a la primera —escribe Virginia Trueba—, el valor de esta novela radica en que logra esconder sus propios andamios constructivos, logrando así una mayor sobriedad que, a su vez, incrementa su fuerza estética¹⁴».

«La originalidad de Ángel Vázquez —escribe Nathalie Sagnes Alem— consistió en saber preservar la parte del mito que es consustancial a Tánger restituyendo, también, su autenticidad. Esto fue posible con él porque práctica-

¹³ De ello habla Virginia Trueba (2000): Introducción de *La vida perra de Juanita Narboni*. Cátedra, Madrid.

¹⁴ V. Trueba (2000).

mente nació con la ciudad internacional (cuyo estatuto fue oficial en 1923) y evolucionó con ella. Su recorrido familiar y personal se confunde con el de Tánger hasta encarnarlo. [...] Todo le identifica con la ciudad. Todo, hasta su exilio [Vázquez se traslada a España en 1965, como ya hemos mencionado] al que se ve forzado por la independencia del país, porque si el Tánger internacional deja de existir no es tanto por el cambio de su estatuto administrativo y político sino porque los originarios de los diferentes países europeos se fueron poco a poco».

La narración de la trama —que transcurre durante dos meses, de octubre a noviembre— es lineal desde el punto de vista cronológico —uno de los elementos destacables de *Se enciende y se apaga una luz* son los saltos en el tiempo de la historia—. Deduce Sagnes Alem —quien habla también de «novela de transición— que la trama transcurre «probablemente en 1965 ya que el régimen privilegiado del que se benefició Tánger después de la independencia de Marruecos no se prolongó más allá de 1960» y hay un momento en que un joven tangerino alude a ese cambio reciente: «Y porque esto, que hace tres años disfrutaba de un régimen especial, sanseacabó».

Además de Tánger, pero imposible sin Tánger, *Fiesta para una mujer sola* es la historia de Paula (50 años) y su entorno y su vida, presente y pasada; es la historia de Damián (20 años) y su salto desde ese Madrid más cerrado, más limitado, a un mundo más libre y abierto. Y no deja de ser la de Javier (veintitantos años), tangerino español que, a diferencia de sus *compañeros de reparto*, ve la vida con equilibrio, aceptación quizá, y una moderna adecuación a los tiempos.

Y dos tonterías que parecen premoniciones hacia el final de la novela: un taxista se queja de su «perra vida» —como la de Juanita Narboni— y hay una escena que transcurre en Madrid, entre la plaza de Tirso de Molina y la estación de Atocha, tramo en el que estaba la pensión donde Ángel Vázquez moriría en 1980.


JOSÉ MARÍA GOICOECHEA

Fiesta Para una Mujer Sola





Para Pilar y Eduardo Haro Tecglen



«Como los erizos, ya sabéis, los hombres un día sintieron frío. Y quisieron compartirlo. Entonces inventaron el amor. El resultado fue, ya sabéis, como en los erizos».

LUIS CERNUDA

«Me obsequié con una fiesta.
Para mí sola. Para mi soledad. Y vino él.
Y me la robó. Y se acabó la fiesta».

SADEGH HEDAYAT

PRÓLOGO



EL RESPLANDOR DE LAS PRIMERAS luces pinta de rosa ocre el alero de todos los tejados. Amanece en la plaza de Tirso de Molina, donde los pequeños árboles juegan a la rueda con la estatua del poeta y bostezan por sus hojas hambre de sol de un nuevo día.

Florencia, con una linterna en la mano, desciende a La Dalia Azul por la intrincada escalera de caracol. La tienda, con los cierres echados («Mercería – Géneros de Punto – Artículos de Viaje – Fundada en 1913»), parece más pequeña.

La mujer traza círculos luminosos sobre las estanterías. Enfoca el espejo ovalado con marco de hueso que descansa encima del largo mostrador y se lleva una mano a los ojos en un afán secreto y femenino de arrancarse una lágrima.

Tiene cincuenta años y estampada en su rostro la huella de una cansada y serena belleza. Luego, como si los años no hubieran pasado, como si el tiempo no fuera otra cosa que pura bagatela, un transcurrir de días, busca afanosa en el viejo cajón de los hilos la caja de cartón que guarda las fotografías. De pequeña, Florencia solía decir que las fotografías eran los cromos de las personas mayores y que

cuando ella fuera mayor llegaría a conservarlas todas y se retrataría en un columpio rodeada de canastos de flores con una regadera en la mano. Porque, de niña, Florencia creyó siempre que nunca cambiaría nada, que todo seguiría igual, y que las palabras «evolución» y «progreso» que, con frecuencia, oía repetir a su padre, no eran más que dos de las muchas palabras raras que a menudo, a la hora del almuerzo, don Faustino tenía la costumbre de pronunciar sin que viniera a cuento, ya que ni los niños, ni doña Julia, le habían hecho nunca el menor caso. Y solo Prudencia, que era una cateta que acababa de llegar de Don Benito, se quedaba con la boca abierta y retiraba el cubierto murmurando que don Faustino tenía un pico de oro.

Después, al correr los años, Florencia vio muchas cosas. Tantas, que optó por olvidarlas todas. Bueno, todas no. Allí estaba el capitán Alonso, en aquella foto grande todavía sin amarillear, hecha con Kodak, junto a los pinares de la Casa de Campo, vestido con un mono azul de cremallera, los labios gruesos y sensuales abiertos como los de un pez, luciendo al sol de la tarde una dentadura perfecta. Los ojos brillantes, abarrotados de vida, y al fondo el Hispano y las servilletas extendidas sobre la hierba con la merienda y el fonógrafo.

—¡Florencia! ¿Dónde estás? —gritó una voz desde lo alto.

Una voz que parecía venida del cielo.

Y la mujer cerró asustada la caja de cartón. Puso el cajón de los hilos en su sitio y se marchó escalera arriba. En la superficie cristalina del espejo quedó invisible constancia de que Florencia era todavía una mujer de buen ver.

—¿QUÉ ESTABAS HACIENDO? —inquirió Tránsito.

—Nada —respondió Florencia.

—No seas chiquilla, mujer.

—No es eso...

—Florencia, tenemos que olvidar. Tú lo sabes.

—¿Por qué lo mataron?

—¡Calla! ¿Por qué mataron a tantos, de un lado y de otro?

—Él...

Tránsito adelantó el brazo, huesudo, seco, y con el índice cerró el labio de la hermana.

—Anda, arréglate. Tienes que despertarlo. Ya es hora.

Y mientras decía esto, se acercó a una cómoda panzuda, de estilo isabelino, y encendió una mariposa a la Virgen de la Paloma. Era un cromo antiguo, ingenuo como todos los cromos, enfundado en un marco dorado y devorado por la polilla.

Fue a la cocina. La ventana daba a un patio oscuro. Encendió la luz. Tránsito era la hermane mayor. Tenía sesenta y dos años. Allí buscó en la alacena la botella de aguardiente y, arrancándola de su sitio como si fuera una seta venenosa, la transportó al comedor. Abrió el aparador y colocó dos copas encima de una bandeja de latón.

—Que Dios nos coja confesadas —murmuró, porque ella, Tránsito, padecía del hígado y el aguardiente era un veneno delicioso que solo utilizaba en los momentos difíciles de su vida.

LAS DOS MUJERES ESTABAN SENTADAS frente a frente, oscurecidas sus siluetas por la claridad que en aquellas pri-

meras horas venía a estrellarse contra la ventana. Una claridad tamizada por el blanco cremoso de los estores.

Tránsito se negaba a encender la luz en aquella habitación que servía de cuarto de estar, y en la que se refugiaban ambas cuando no estaban en la tienda. Hay a la entrada de la casa otra habitación más amplia —la sala— que no se abre hace años, con muebles de estilo tapizados de otomán, y vitrina con sus correspondientes abanicos. Y todo con olor a humedad. Pero ellas prefieren este cuarto. Porque es en él donde rezan el rosario y en donde los domingos reciben a las amigas, las amigas de siempre, esas que cuando aparecen por la tienda, antes de la novena, se convierten en «latas» porque no compran nunca; esas que cuando llegan «las calores» aparecen con los abanicos y lo invaden todo con la música de los «ris-rás».

Allí, en aquel cuarto, se sientan en torno a la mesa camilla, como viejas muñecas de trapo, o pájaros aburridos, y mientras juegan a la lotería y toman café, charlan y charlan inundando de conversaciones insulsas los más escondidos rincones de aquella estancia. Las palabras chocan contra el cristal del espejo grande, o contra el de los fanales que encierran flores de trapo, flores de un rosa pálido y amapolas de purpurina. Y los «te acuerdas» resbalan por los flecos de la lámpara grande —la que tiene forma de soperá puesta del revés—, que es de opalina barata, y los flecos producen en ese momento un gracioso tintineo, una verdadera lluvia da cristalitos.

Florencia es la más joven.

—¡QUÉ LOCURA! —exclamó Tránsito en pleno silencio.

Florencia no dijo nada. Se quedó mirando a la hermana con los ojos clavados en aquella figura delgada, de piel de pergamino nunca acariciada por mano de hombre. En su mirada se dibujó un irónico «¿Qué sabes tú?». Tránsito había sido siempre la hermana inocente, la que a los trece años todavía vestía muñecas. Y a los veinte cuidaba de los otros hermanos con una eficacia y una severidad poco común. Era la que, cuando los demás salían en pandilla, solía decir: «Yo me quedo en casa». Y se quedaba en casa. Ordenaba armarios o hacía ganchillo, y cuando los demás volvían, se encontraban frente a una mujer feliz.

—Pero, Tránsito, ¿no te has aburrido?

Y ella contestaba imperturbable:

—No.

Ahora Juan estaba casado. Tenía dos hijos y vivía en Albacete.

Era apoderado de un banco.

Lucas murió cuando la guerra. No lo mató nadie. Murió de miedo.

Matilde se mató con Abelardo en lo de Cinco Casas, cuando Damián tenía siete años.

Quedaban ellas dos. Frente a frente. Solas, en la plaza de Tirso do Molina —antes del Progreso—, atendiendo en La Dalia Azul.

—Es una locura.

—¿Por qué, Tránsito?

—Irse tan lejos.

—No digas tonterías, mujer. Marruecos no está lejos.

—Yo no he salido nunca de Madrid.

—Él es joven.

—Por eso. Porque es un niño. Y porque es mi sobrino.

—Más me duele a mí.

—¿Por qué?

—Por eso. Porque también es mi sobrino.

DAMIÁN ABRIÓ LOS OJOS. Tenía unos ojos grandes. Negros y ávidos, de veintiún años. Tía Florencia decía: «Pareces un gitano». Y el muchacho se echaba a reír.

Aquella mañana, Florencia se limitó a contemplarlo. Dormía desnudo. Solo cuando llegaba noviembre consentía el pijama.

—Eres un indecente.

Él, como siempre, se echó a reír.

—Anoche llegaste tardísimo.

—Estuve con Amparo.

Tía Florencia hizo un pliegue de tristeza en sus labios.

—Te trae de cabeza.

—A tía Transi le ha caído en gracia.

—Si yo quiero que te cases, hijo. Pero todavía tienes tiempo. Y en el mundo hay muchas mujeres.

—Yo veo que Amparito no es santo de tu devoción.

Florencia se sentó en la cama. Damián se cubrió el torso con una sábana, en un gesto de estudiada pudibundez.

—Tú dirás...

—Tú te mereces algo mejor. Te lo digo yo. Por eso no me importa que te vayas. Sí. A tus años tienes que ver mundo.

—Eres el colmo. ¿De manera que no te importa que me vaya?

Florencia se puso de pie. Poseía una elegancia intuitiva. Una elegancia de vieja actriz de cine.

—No es eso... —iba a decir algo. Presintió que la voz enronquecía, y calló. Hubo un silencio. Lo rompió para gritar:

—¡Niño, que son las siete y media y tenemos que estar en el aeropuerto a las nueve!

DAMIÁN, DESNUDO, SE ENCARÓ con el espejo. Un narcisista. Se pasó un peine por los cabellos. Negros y rebeldes. Bostezó, puso los ojos en blanco, hizo monerías para acabar rompiendo a cantar.

En la oficina, los compañeros no habían dejado de repetirle a voces:

—¡Chico, qué suerte tienes!

Era el mejor delineante. Por eso. Y porque a don Octavio le había caído en gracia.

—¿A Tánger? —preguntó asombrado.

Don Octavio asintió.

—Sí, hijito, sí. Tú piénsalo bien. Necesito tu respuesta mañana mismo.

Damián no tenía ni idea. De pronto, sin saber por qué, se acordó de las cajas de dátiles y de las telas que a tía Florencia le habían mandado de Tánger cuando él era pequeño. Y del azúcar de cortadillo, del café y de las botellas de whisky. Y hasta de una edición de *Las mil y una noches*, que no tenía nada que ver con Tánger y que había leído cuando tenía quince años.

Entretanto, el jefe hablaba y hablaba...

—Aprobado el proyecto... Sí, nos adjudican las obras. Ya lo sabes. Se va a construir un nuevo edificio para el consulado americano...

Cuando llegó a la mercería de la plaza de Tirso de Molina y se lo dijo a tía Tránsito, esta se echó a llorar. Y él estuvo a punto de desistir de su viaje. Y decir que no.

—¿Y Amparito? —inquirió la tía como último recurso.

—Puede esperar.

Las mujeres españolas han podido esperar siempre.

Damián dijo que sí.

PRIMERA PARTE



PAULA —AÚN EN EL LECHO— extiende un brazo. Busca un cuerpo. Y el brazo, largo, fino, de piel translúcida, queda balanceándose por encima de la almohada unos instantes, luego cae de golpe sobre el blando terreno de hilo y la mano —semejante a la garra de un felino— se encrespa en un ademán puramente animal. Es un ademán breve. Un ademán que solo dura unos segundos. Paula es todavía la mancha negrísima de una montaña de cabellos desordenados. Está empezando a tener conciencia del viento. Se aparta con la misma mano —la del brazo izquierdo— un mechón de cabellos. Se incorpora. Busca en la mesilla de noche el paquete de Cravens. Y enciende un cigarrillo. Allá, en el cuarto de baño, queda el sonoro tintineo del agua que brota de la ducha. Paula recuerda tiempos lejanos de su infancia. Cuando con sus hermanos pasaba los veranos en casa de tía Emilia. A veces, Derrik canta. Y la voz de Derrik es como el canto de los pájaros que viven cerca de los pantanos. Una vez, Paula fue a cazar con tío Tomás y mataron una avefría. Y el amanecer estaba relleno de jirones de niebla y Paula Carosio, que tenía quince años, lloró acariciando la cabeza

del pájaro muerto. Y tío Tomás le tiró un pellizco en las nalgas y dijo que aquello no se hacía. Y había pájaros ocultos en la maleza que tenían la misma inflexión en su cantar que la de Derrick en su voz cuando, de vez en cuando, se le ocurría tararear una canción bajo el agua de la ducha. Sobre todo cuando se estropeaban las tuberías y el agua caliente salía fría y tenían que llamar al fontanero. Y el fontanero no llegaba. Y Derrick se ponía de mal humor. Y cantaba.

A ella nunca le importó que el agua saliera fría en lugar de caliente. Conocía la informalidad de los seres humanos y de los objetos. Se limitaba a dar un grito. Siempre había procurado adaptarse. Sin embargo, antes de su matrimonio con Derrick, hacía muchos años, era una mujer sencilla, alegre. Tal vez un poco atolondrada.

Fenómeno curioso: cuando despertaba, tras una noche de estúpido y cansino insomnio (en particular cuando iban a una sesión de cine en el Consulado inglés y veían películas educativas), despertaba con la sensación de que Derrick no existía. De que ella era la muchacha de antaño, la muchacha libre como un podenco que esperaba la señal de su amo para seguirlo, feliz, meneando la cola, hasta el confín del mundo.

En cuanto adquiría plena conciencia de sus años y de su situación «frente al mundo»; en cuanto veía a su marido volver del cuarto de baño con cara de pato mojado, la invadía una terrible desesperanza. Y un deseo oculto, pero latente, de tremenda rebeldía. Solo a eso de las nueve adquiría el perfecto convencimiento de que ella era una señora.

Liberación era, pues, una palabra mágica. Y rebeldía otra. Ambas danzaban —como dos gnomos traviesos— por las frondas de su cerebro.

Paula se aparta nerviosa un mechón de cabellos y busca con avidez el paquete de cigarrillos que ha olvidado no se sabe en qué rincón de la casa.

Termina por encontrarlo en el salón, encima de la mesa pequeña, y sus ojos, unos ojos prisioneros todavía de una ligera somnolencia, se clavan en el marco que encierra la fotografía de su boda.

Una boda de mañana de abril, con momentos de lluvia. Una ampliación de una fotografía hecha, con un aparato de aquellos de «cajón», en medio de la terraza.

La pareja de chiquillos —hijos de un cónsul de Grecia— eran ya hombres. A Patrick lo había encontrado en Roma, hacía un par de años. Jugaba magníficamente al polo, tenía treinta y cuatro años (aquello le pareció terrible) y se había casado con una vieja condesa. Ana le había enviado las últimas Navidades una fotografía de sus mellizos a guisa de *christmas*. Encendió el cigarrillo y escupió una tromba de humo a la cara de Derrik. Luego, con andares indecisos, de muchacho indolente, se dirigió a la cocina.

Al mirarse en un espejo que había en el pasillo, se vio extremadamente delgada. «Tengo que ir a un médico», pensó. Cuando llegó a la cocina, Kaddush, la sirvienta, retiraba de la nevera una fuente con un trozo de pescado.

—¿Qué se hace con esto, señora?

—Guárdalo donde estaba. «Eso» nos tiene que servir para el cóctel de esta tarde.

Y al decir esto se sintió tremendamente ridícula. Abrió de par en par la puerta que daba al jardín. El viento había parado. Las palmeras parecían señoras despeinadas en pleno chismorreo. El cielo vomitaba todo su azul.

El ruido de un motor rasgó el firmamento. Paula alzó su mirada al cielo, llevándose una mano a la frente a modo de visera, mientras sus pies se clavaban con firmeza en el césped y sentían la humedad del rocío. Volaba muy bajo. Kad-dush se asomó al umbral.

—¿Qué es eso?

—Es el avión de Madrid.

Y agachando la cabeza, tras de mirar con un detenimiento fingido la alfombra verde de hierba, Paula regresó al interior de la casa.

LA PENSIÓN HUELE A PESCADO FRITO. Es una casa vieja, de techos altos, cerca de una avenida que, atravesándola, lleva al mar. A Damián aquella avenida le recuerda Alicante. Recién terminada la guerra, estuvo allí con su padre. Le pareció entonces una ciudad llena de gatos. Gatos que maullaban en la noche. Él solo tenía tres años y era la primera vez que veía el mar.

Al abrir las persianas, entró una bocanada de aire fresco. Ante sus ojos se extendía un panorama de tejadillos de cinc y ropa tendida al sol. Se oyó una radio a toda potencia. Y voces de mujeres. A Damián aún le zumbaban los oídos. Aún tenía encerrado en ellos el ruido de los motores. Y en la retina conservaba la sonora claridad del aeropuerto con un cielo de ciclorama azul, montañas de color siena y adelfas que parecían de trapo.

Alguien llamó a la puerta.

—Sí...

Y entró una chica con un juego de sábanas. Una chica rubia, fea, embarazada, a quien los huéspedes llamaban Rufa.

«¿Otra vez, Rufa?».

«Otra vez».

«¿Y este de quién es?».

«De un charrán».

Y los huéspedes reían y Rufa también.

—Aquí le traigo sábanas limpias, señorito. Dentro de nada vamos a comer.

Y mientras va arreglando la cama, Rufa mira a Damián con envidia de embarazada. El muchacho pregunta:

—¿Puedo telefonear?

La dueña de la pensión es gorda. Lleva una bata larga llena de ramajos. Y también mira a Damián con ganas.

Este se acuerda de la última recomendación de tía Tránsito, allá en Barajas, momentos antes de partir.

—Ten mucho cuidado, niño. Me han dicho que aquello es una ciudad de pecado.

Y mientras, apoyado en la pared, con un descuido puramente juvenil, marca un número de teléfono, presiente que es un ser observado.

DAMIÁN ALMUERZA. Frente a él un muchacho delgado, con ojos de ardilla, que lo devora todo como si fueran montañas de nueces, no para de lanzar preguntas con la boca llena. A veces Damián no lo entiende.

En el comedor, las mesas, desaparejadas, tienen un mantel de plástico y una jarra con agua. Y encima del aparador un espejo ovalado y un juego de té de esos de porcelana barata que se compran en los bazares indios. Y de la pared cuelgan retratos. Uno grande, iluminado, de cuando la patrona se casó.

—No hace años de eso... —comenta el muchacho delgado. Luego añade—: ¿Qué? ¿Te gusta esto?

—Acabo de llegar.

—Si quieres, nos vemos cuando yo vuelva del trabajo.

—Tengo que presentarme esta tarde a los jefes.

—¡Ah!

En la mesa del fondo come una pareja. Una de esas parejas absurdas que nunca se sabe lo que son. Ella lleva una permanente recién hecha y no hace más que acariciarse el cabello. Él bebe un trago de tinto cada vez que se echa a la boca un trozo de tortilla. Comen en silencio. Un silencio sórdido compuesto de sentimientos mal encontrados.

—Esto es Jauja, chico. Pero nos va a durar poquísimo. ¿Cómo té llamas?

—Damián.

—Yo me llamo Norberto. ¿Vaya nombrecito, eh?

Damián hizo como que sonreía.

—¿Por qué nos va a durar poquísimo? —inquirió.

—Porque los de aquí, los marroquíes, ya son independientes. Y porque esto, que hasta hace tres años disfrutaba de un régimen especial, ¡sanseacabó! Los europeos, toditos, a la cochina calle. Y no digamos los españoles, que somos los últimos en disfrutar y los primeros en jeringarnos... Nosotros...

—No lo entiendo —interrumpió Damián.

—Ya lo entenderás. En cuanto lleves aquí un par de meses. Menos mal que yo... —y el muchacho puso más cara de ardilla que nunca— tengo hechas mis provisiones. Bueno, joven, que te aproveche. Me voy, que son las dos. Y ya sabes donde tienes un amigo: Norberto Cibrián. Hasta luego... Un consejo: aprovéchate tú también. Nada de escrúpulos. Estamos en el extranjero.

Y salió de estampía, como un demonio de revista barata. Damián entornó los ojos. La mujer de la permanente lo miraba con entusiasmo mal disimulado. El muchacho empezó a sentir cierto malestar. Y el cerebro se le llenó de preguntas. Preguntas que rebullían como en una jaula de pájaros dislocados. Se llevó una mano al bolsillo y sacó una cajetilla de Bisontes. Al encender el cigarrillo, entre la llama de la cerilla, apareció Rufa con su barriga de siete meses y un plato en el que nadaban dos trozos de melocotón en almíbar.

A eso de las cinco llamaron a la puerta. Kaddush ordenaba, encima de una larga mesa con tablero de mármol, las fuentes que contenían las vituallas para el cóctel. Paula colocaba en la nevera unos moldes de ave en gelatina. Y en el infiernillo reposaba, a punto de hervir, en una tetera, el agua para el té. Reinaba en toda la casa un orden completo. Se desparramaban, en todos los jarrones, grandes y lánguidos racimos de mimosas. Y las bateas de cobre, talladas en Fez, lucían con descaro su brillo inusitado. En el vestíbulo se había extendido la alfombra nueva, tejida en Rabat, que hacía un par de días le habían regalado a Derrik por un negocio un tanto sucio. Y en lo alto de la escalera, que conducía al primer piso, aprovechando un rectángulo de la pared, se había colgado el cuadro recién descubierto en el desván y atribuido por uno de los amigos de la casa a Delacroix. Una corrida de la pólvora, sin firma.

Antes de abrir, Paula se arregla con rapidez ante un espejo. En el umbral aparece tía Emilia. Su figura escueta, se recorta con acritud en el fondo azul pálido de la tarde. Viste igual que hace treinta años. Un abrigo de «moleskine» y un inmenso sombrero forrado de satén con anchas alas y cinta de moaré. Todo de negro.

- ¡Tía Emilia! —se sorprende Paula.
—No me esperabas...
—No podía esperarte.
—He tenido que tomar un taxi —se quejó.
—Pasa.

Paula tomó de un brazo a la anciana, erguida e inquieta, y la condujo al salón.

—Siéntate.

La empujó hacia uno de los sillones que estaban cerca de la chimenea. La chimenea apagada, porque aún no había empezado el frío.

—Necesitaba verte. No sé por qué. Tú eres muy orgullosa, Paula. No hubieras ido nunca a casa. Estoy segura.

—No lo sé, tía Emilia.

—Sí lo sabes. He recibido una carta muy larga de Elisa. Ha tenido un niño. Es el quinto. ¿Te das cuenta? Cinco hijos...

Tía Emilia adoraba a Elisa. Siempre la había protegido. Y a Jorge. En cambio, no se llevaba bien con Derrick. Paula lo sabía.

—Tu madre era también muy orgullosa. Nunca quiso hacerme caso. Tú no debiste casarte con Derrick...

Paula cortó:

—Voy a traerte una taza de té.

—No. Tráeme una copita de solera. Me sentará mejor...

Tía Emilia tenía una cabeza pequeña. Y ahora parecía haber encogido, envuelta en aquel abrigo de «moleskine». Un abrigo antiquísimo.

—¿Por qué no te quitas ese abrigo?

—Porque tengo frío.

—¿Y el sombrero?

—Ten.

Tía Emilia se deshizo de su sombrero, no sin antes poner en su sitio el grueso alfiler de oro con cabeza de azabache en forma de piña.

—¿Cuántos años tienes, tía Emilia?

—¿Te importa mucho?

Seguía igual de descarada y tiránica.

—Has venido a esta casa a darme la buena nueva. Mi hermana tiene un quinto hijo. ¿No es eso? A reprocharnos algo. No quisiera enfadarme, tía Emilia.

—Ya podías encender esa chimenea.

—Pero ¡si no hace frío!

—Tú eres joven. Estamos en octubre.

«Más de ochenta», calculó Paula.

—Esta tarde doy un cóctel. ¿Por qué no te quedas? Hace años que no nos vemos.

—No es culpa mía. No has querido ir a mi casa.

—No es eso. Estoy siempre tan atareada...

—Sí, ya sé. Eres una mujer muy ocupada. Cócteles y chismorreos.

—Iré a verte uno de estos días.

En el fondo, Paula no soportaba la miseria en que vivía tía Emilia. Había vendido sus terrenos: su casa, rodeada de amplio jardín. Y se había encerrado en un piso situado en la parte antigua de la ciudad. Un piso del que era propietaria y que carecía de toda comodidad.

—¿Por qué has hecho eso?

—No he venido a esta casa para darte explicaciones. Nunca le perdonaré a mi hermana que te obligara a casarte con ese estúpido.

—Nadie me obligó —susurró Paula, poco convencida.

—Nadie se opuso.

—Hace treinta años de ello. Mi marido es un hombre estupendo. Nos llevamos muy bien.

—Claro... Y él tiene mucho dinero.

—Esas cosas, tía Emilia... —estuvo a punto de estallar la sobrina. Luego añadió—: Es demasiado tarde.

—Bien que lo sé.

—Llegas con treinta años de retraso. En aquellos momentos, aquellos momentos difíciles de mi juventud, no hubo nadie que estuviera a mi lado.

—Yo debí hacer algo. Decir algo... Fui una cobarde. Lo confieso.

—No, tía Emilia. Nadie tuvo culpa de nada. Como verás, no estoy arrepentida.

—Pero no eres feliz. No quiero morirme sin decir lo que pienso.

—¿Quién habla de morir?

Tía Emilia disparó su mirada de urraca contra las pupilas curiosas de su sobrina.

—Aún eres joven —dijo.

Paula buscó un cigarrillo en el paquete y, al no encontrarlo, no pudo disimular una apagada cólera.

—Tengo cincuenta años. Soy una chiquilla —sonrió con sarcasmo.

Tía Emilia se puso de pie.

—Me marchó. ¡Llámame un taxi!

—¡Pero si es muy temprano! Deja que te lleve Derrick en el coche.

—No quiero que me lleve Derrick. Anda, pídemme un taxi.

—Eres... Eres insoportable, tía Emilia —exclamó Paula, desesperada.

UNA MUJER HABLA POR TELÉFONO. Una mancha azul tinta se extiende sobre el rosa secante del cielo. Se oye teclear una máquina en la habitación contigua. Y por la estrecha ventana aparecen desdibujadas las sombras de las altas grúas, montacargas y tractores, como gigantescos dinosaurios o extraños pajarracos de un mundo antediluviano. Allí abajo, en la lejana pradera ha comenzado el croar de las ranas, y el aire de la noche trae, todavía, un resabio agosteoño. «Lo siento, mujer. Ya sé que no te hacen mucha gracia. Pero no tengo más remedio. Son amigos de Enrique. No digas tonterías... ¿Pues no parece que tienes celos?».

Habla y habla. Su voz es unas veces monótona, otras entórea, otras bronca, otras grave, otras falsa. Una especie de demostración sonora de la flora y la fauna encerrada en las cuerdas vocales de un ser ajeno a nuestro planeta.

Damián cierra los ojos. Se lleva las palmas de las manos hacia los oídos. Lo convierte todo en un alejado murmullo. Ladridos de animales que quieren parecer perros, rugidos de una raza extinguida de leones y entrechocar de ramas de árboles muy altos. Al apartar las manos todo vuelve a la normalidad. Una normalidad absurda. La mujer habla y habla.

«Eso no tiene nada que ver. Son casualidades. Desafortunadas casualidades. Seguro. Yo nunca he creído en esas cosas. Dejemos ese tema. No tengo más remedio que ir a ese cóctel».

El Madrid de la posguerra era para Damián un Madrid lleno de amaneceres. En su recuerdo abundaban los bruscos despertares y el enfrentarse con los azules ojos de la madre. Iban juntos para hacer cola. Colas en los barrios más alejados. La madre lo vestía a tirones, le colocaba un abrigo de paño azul con botones dorados que le había regalado tía Flo-

rencia. Y adormilado lo arrastraba a través de las calles. Trotando de frío en plena primavera. Porque él era entonces muy pequeño y en los amaneceres la sierra soplabla sobre Madrid como si la capital fuera un pastel de cumpleaños con multitud de velas —farolas nocturnas todavía encendidas— que se apagaban de pronto y empezaban a renquear los tranvías. Se desayunaba en cualquier taberna, con pan negro del que llamaban chuscos y un café que era cebada pura. Y la madre acercaba hacia su pecho la cabeza del hijo y lo abrigaba y lo acariciaba envolviéndolo en el humo de la taberna, y en la charla inconsciente de los hombres que iban cubiertos con una pelerina y soltaban tacos.

Damián tenía cuatro años. Sobaba entre sus manos una camioneta de madera y hacía como los gatos, ronroneaba en la falda de la madre, en una muestra indefinida de cariño o de sueño.

«No, Isabel, no. Te lo juro».

Apareció el muchacho que le había abierto la puerta.
—Paciencia —dijo.

Se puso a buscar en lo alto de un armario hasta dar con una gruesa carpeta hinchada de papeles. Era alto. No muy delgado. Medio rubio. Tenía un mirar un tanto grave, como incrustado en la hendidura de los ojos, que eran castaños y rasgados. Unos pómulos salientes acababan por conferir a su rostro un aire exótico. En la oficina, los jefes lo llamaban Taras Bulba. La voz de la mujer que hablaba por teléfono se había convertido en algo quejumbroso, algo que al dar prueba de agotamiento optara por apagarse con estudiada lentitud.

«Sí. Lo comprendo perfectamente. Tienes tú toda la razón. No. No es eso».